

## **LAS LUCES DE LA TORRE**

**Luisa Ventura**

Yo tenía veintitrés años y la novia más bonita que pueda alguien imaginarse; con unos ojos negros que le desnudaban a uno el alma. Por ese entonces, yo andaba con ganas de ser abogado, pero esas ganas no se congeniaban con mi poco entusiasmo para estudiar. Dos materias al año, era lo máximo que aprobaba, aunque eso no evitaba que anduviera por la calle dándome aires de doctor con el pesado Código Civil.

Así fue que la conocí: clase de Civil II Obligaciones, deudores y acreedores, un viejo nefasto que se creía dios dando sus clases, y ella que me miraba mordiendo la birome desde un rincón del aula. Por esa mirada me animé a hablarla y por esa mirada me atreví a besarla unos días después, en plena peatonal. Entre los universitarios corría el rumor que las chicas de Derecho eran las más lindas de la Universidad. Yo agregué que de todas las chicas de Derecho, ella era la más linda. Es decir, no había mujer más bonita entre los dieciocho y veinticinco años en toda la ciudad de Córdoba. Era perfecta, nariz perfecta, cabello perfecto, cuerpo perfecto, boca perfecta. Tenía sólo una cosa extraña: jamás sonreía. No importaba si yo me hacía el payaso tropezando por la calle, si contaba cuentos de gallegos, si le regalaba rosas; no importaba. Ella nunca sonreía y hubo un momento en que lo asumí. Estaba tan enamorado que llegué a pensar que era mejor no ver su sonrisa, porque si la veía, moriría deslumbrado.

A veces, cuando tenía australes en el bolsillo, la llevaba a comer empanadas a la Casa de Salta, a la vuelta de la facultad. Comíamos y conversábamos, aunque en realidad, yo casi no hablaba, pues prefería llenarme los oídos con su dulce voz. Una de esas veces, ella me contó algo que me fascinó: vivía en la Torre Ángela. Cuando me lo dijo no lo podía creer. Era el edificio más alto de Córdoba, todo un ícono de la ciudad. Pero menos pude creer cuando me dijo que vivía en el último piso.

Yo amaba ese edificio desde que vi que lo construían, pedacito a pedacito. Casi de repente, quedó erguido en pleno centro de Córdoba como avisando que todos los cordobeses éramos importantes. Lo sentía mío. La Torre Ángela era mía, sólo por el hecho de amarla tanto. No pude contenerme y empecé a preguntar retóricamente si tenía una vista hermosa, si se veían las sierras desde allá arriba, si le entraban las nubes por las ventanas y miles de cosas más. Ella a todo respondía con una mirada triste en sus ojos negros. Cuando yo afirmaba que nunca había conocido a nadie que viviera en la Torre Ángela y eso le daba un aire de misterio encantador, ella con voz

apesadumbrada me interrumpió:

– Allá arriba se ven las luces malas – dijo y miró hacia abajo jugando con el dedo sobre el mantel cuadriculado.

Sonreí pensando que estaba presenciando el milagro de verla bromear con algo, pero me di cuenta de que no, cuando se detuvo en uno de los ángulos dibujados en el mantel y me clavó los ojazos llenos de lágrimas. La miré incrédulo y ella me replicó con un “vení y te muestro”.

Fui, pero no para ver las luces malas. Tenía la esperanza que aquello fuera una trampa que ella me tendía para amarme en su propia cama toda la noche. Debo reconocer que fui también para ver el interior de la famosa, de mi amada Torre Ángela, el edificio más alto de Córdoba.

Llegamos mucho después de medianoche, tomados de la mano. Miré hacia arriba y vi la torre imponente. Su frente, lleno de ventanas grisáceas, se confundía con el cielo iluminado por la luna. Ahí estaba, con sus luces, sus antenas y su helipuerto que me hizo estremecer. Ni siquiera pensé en las luces malas, ese cuento en el que cree la gente del campo inventado por los gauchos. Aquel era un concepto que no coincidía para nada con el modernismo de la torre. Me di cuenta de que estaba apretando demasiado los apuntes de clase que llevaba en la mano. Subí corriendo los escalones de la entrada llevando a mi novia casi a la rastra. Me latió el corazón al entrar y aún más cuando subí sonriente, al modernísimo ascensor que nos condujo hasta el último piso.

Cuando entramos al departamento no me interesó nada más que la ventana. Si se hubiera tratado de otro edificio, probablemente la hubiera besado hasta enloquecerla. Pero estaba en la Torre Ángela y lo único que me importaba en ese momento era la ventana, la ansiada abertura que daba al universo y a mi Córdoba vista de arriba. Claro que pensaba amarla toda la noche, pero era indispensable que yo viera el panorama antes que eso. Me lancé hacia la ventana por la que entraba la luz de la luna, mientras ella decía que era mejor no encender la luz, que se veía mejor a oscuras. Ahí estaba un enorme pedazo de noche y las calles, como cintas plateadas, pintadas con las luces rojas de los autos vistos de atrás; la gente como puntitos; los autitos de juguete pero que avanzaban y llegaban a sus casas o a casas de otros; ahí estaba mi Córdoba, mi docta, la del progreso irrefutable. Disfruté del panorama por escasos cinco segundos.

– Ahí hay una – dijo ella señalando con el dedo.

Una luz redonda se cruzó entre el paisaje y mis ojos. Era una luz amarilla tan

clara que se volvía blanca. Flotaba hacia el lado de la Avenida Vélez Sarsfield. La luz estática en el aire, producía la sensación de ser sólida, de consistencia cremosa; era fácil imaginarse que era pegajosa y que en caso de tocarla le dejaría, a uno, los dedos llenos de moco fluorescente. Hasta podía imaginarme su olor, mezcla de azufre y carne podrida.

– Ahí hay otra – escuché y vi el dedo que señalaba otra luz más lejana. “Otra”, escuchaba en su voz de terciopelo, otra y otra más.

En realidad, esas luces hubieran podido parecer bonitas, pero el estremecimiento de mi cuerpo me indicó lo contrario. Me daban pánico y repugnancia. El verlas era para mí como un “deja vou”, algo que ya conocía pero había olvidado o quizás, había preferido olvidar. Intentaba comprender la razón de mi infundado terror, cuando me dijo:

– Las luces están flotando sobre el lugar donde alguien va a morir. –

La miré a los ojos hermosos y comprendí que estaba tan aterrada como yo. Una mueca le inundaba la cara y tenía los puños apretados al lado de su cuerpo. Me miraba con insistencia con aquellos ojos de ensueño, llenos de lágrimas.

– Lo he comprobado. Exactamente donde flotan las luces, alguna persona morirá hoy. No importa cómo, si en accidentes o enfermos... da igual. Las luces señalan el lugar donde están los muertos, o quizás porque ellas están ahí, esa gente se muere. Lo confirmé muchas veces con el diario... – suspiró y agregó – no es fácil comprobarlo con todas, porque por las noches cambian de posición. Es muy raro encontrarlas en el mismo lugar, excepto que sea un hospital o algo así. – Me miró con una mueca triste que me partió el alma y siguió:

– Es lógico que cambien de lugar... todos los días se muere gente distinta. –

La escuché decirlo y miré las luces en su formación escalofriante. Flotaban sobre la ciudad con impertinencia, parecía que se sentían dueñas del aire, dueñas de todo. Ella agregó:

– No sé de dónde salen. Durante el día no se las ve, en cambio de noche son muchísimas. Todas las noches flotan sobre Córdoba, instaladas en lugares diferentes, en los lugares donde habrá un muerto. –

Me corrió un escalofrío por la espalda. Me sentía aterrado pero era, para mí, muy necesario que ella no me viera en ese estado. Le dije que probablemente se trataba

de una ilusión óptica. Agregué que la humedad del ambiente seguramente reflejaba las luces de la ciudad generando esa percepción extraña. Inventé cuanta ecuación física era necesaria para darle un argumento a esas supuestas luces malas y mientras hablaba, vi sus ojos negros mirándome decepcionados. Estaba demasiado enamorado como para permitir que esos ojos me miraran de esa manera. Dije:

– Mirá, la que está más cerca es esa de la esquina de 27 de abril y Vélez Sarsfield. Ya mismo voy. Me quedaré todo el día. Vamos a ver qué pasa. ¿Te parece? –

Ella me miró con la ternura que yo esperaba, le acaricié la mejilla y besé los labios hermosos. Miré por última vez las luces nefastas flotando sobre Córdoba y bajé.

Al llegar a la calle, el cielo me resultó más oscuro de lo habitual. Caminé hasta la esquina y me senté en un escalón del Banco que a esa hora, tenía aspecto de tumba. Sin querer, me encontré mirando el cielo nuevamente. ¿Por qué las luces no se veían desde abajo? Quizás sea por el smog, pensé. ¿Será posible que los cordobeses vivamos asediados por luces malas y no nos demos cuenta? ¿Es cierto que en el cielo están escritos los nombres de los muertos de hoy? ¿Por qué sólo se ven desde ese departamento de la Torre Ángela? Me quedé sentado en el escalón hasta que amaneció y un policía me pidió que saliera. Parado en la esquina, al lado del quiosco, miraba casi sin pensar el cruce de calles. Pronto se hicieron las ocho de la mañana y vi a la gente caminar apurada. Iban al trabajo, a la escuela, a la universidad, a los bancos; parecían abejas revoloteando en el panal. La gente iba sin saber que anoche, flotaban sobre sus cabezas, unas luces parecidas a designios.

Mientras los miraba la vi a ella. Traía un termo, un mate y una bolsita de pan criollo en la mano. Sonreí. Su ternura era infinita. No me quería dejar solo parado en la esquina. La saludé levantando la mano y la vi a ella haciendo lo mismo. Me saludaba y, para mi desconcierto, sonreía. Esa era la sonrisa más dulce que yo había visto. Deslumbrado por aquella sonrisa perfecta, comencé a cruzar la calle. Parpadeé y ya no la vi más. En el lugar en que ella estaba, frenaba el verdense colectivo cincuenta. Vi gente gritar, escuché llantos, algunas personas se taparon el rostro. Un hombre, sentado en el cordón de la vereda, tenía la cara entre las manos. Crucé la calle entre los bocinazos y el estrépito general. Me acerqué y la vi. Tendida en el suelo, su sangre se mezclaba con el agua del termo. Sus ojos negros ya no estaban más.

